

Danila Tkachenko, Sabine Dullin, Elena Zhemkova

Por qué Memorial no desaparecerá

El Grand Continent, octubre de 2022.

Con motivo de su doctorado honoris causa en Sciences Po, la directora ejecutiva de Memorial International -la asociación que Vladimir Putin quiere borrar- pronunció un importante discurso. Lo publicamos con extractos del discurso introductorio pronunciado por Sabine Dullin.

A través de Elena Zhemkova, este doctorado honoris causa saluda la inmensa y formidable labor de Memorial desde los años de Gorbachov para documentar, analizar y transmitir la historia y la memoria de los crímenes perpetrados por el régimen soviético, y en particular los perpetrados bajo Stalin. Esta batalla por la historia y la memoria ha ido acompañada de la lucha contra las violaciones de los derechos humanos y las exacciones de una violencia de Estado que no ha dejado —por desgracia— de fortalecerse en el contexto postsoviético: las guerras de Chechenia, la anexión de Crimea, la guerra subsidiaria del Donbas desde 2014.

Este doble compromiso tan específico del Memorial a favor de la persona humana en el pasado y en el presente es especialmente llamativo por su clarividencia en el momento de la terrible agresión rusa contra Ucrania y la completa falsificación del pasado y del presente por parte del gobierno de Putin.

Memorial nació en 1987 de la efervescencia intelectual de los clubes de debate de la Perestroika y del redescubrimiento del pasado estalinista.

Nació del encuentro entre la última oleada de disidentes de principios de los 80 y los jóvenes activistas de los años de Gorbachov, entre ellos Elena Zhemkova. En ambos casos, muchos matemáticos, físicos, químicos, biólogos y algunos historiadores. Todos quieren establecer cadenas de hechos verificados para sacar a la luz la verdad. Andrei Sájarov, el famoso disidente y Premio Nobel de la Paz en 1975, fue su primer presidente. Arseni Roginski fue uno de los fundadores. Historiador, cumplió cuatro años en un campo desde 1981 por publicar en el extranjero archivos prohibidos. Da su método, que convence por su carácter concreto: Надо собирать материалы, надо писать карточки, «es necesario recopilar documentación y hacer archivos». También se necesitan símbolos fuertes.

El lugar por excelencia de las represiones estalinistas en Moscú es la plaza Lubianka, donde se encuentra el cuartel general de la KGB y antes del NKVD de siniestro recuerdo, el lugar donde se organizaban todas las represiones de masas, el lugar donde se torturaba a los condenados del Gran Terror, el lugar donde se perseguía a los disidentes.

El 30 de octubre de 1989, con motivo del Día Nacional de los Presos Políticos, Memorial tomó la Lubianka con una enorme cadena humana.

Desde 2007, año tras año, el 29 de octubre, todo aquel que quiera participar espera su turno y lee el nombre y la identidad de una de las víctimas. Este «pase de lista» (Возвращение имен) pronunciado en la plaza pública de Moscú y de muchas otras ciudades es emblemático del método Memorial. También lo es la operación «última dirección» de colocar placas en los edificios de los ejecutados.

Memorial se construye así desde abajo en una demanda social colectiva y a escala nacional. Como muestra el intento poético de organigrama desde los inicios, Memorial es una estructura confederal laxa con interacciones elegidas y horizontales. Sin pirámide, sin verticalidad, lo contrario de lo que era el Estado soviético y de lo que es el Estado de Putin. Sucursales regionales en Perm, San Petersburgo y Novosibirsk. En 1991, Oleg Orlov y luego Alexander Cherkassov crearon un centro de derechos humanos para vigilar los puntos calientes (горячие точки) de la antigua Unión Soviética, como Karabaj y el Cáucaso Norte, y para defender a las víctimas de las guerras en Chechenia y de las arbitrariedades del sátrapa de Grozni, Ramzán Kadírov.

Es importante recordar —y parece que fue hace tanto tiempo desde la perspectiva actual— que el desmantelamiento de la URSS y el fin del gobierno del Partido-Estado fue percibido por muchos ciudadanos de la antigua Unión Soviética como una victoria, la de la libertad sobre la opresión y la promesa de un futuro democrático y próspero antes de que la crisis económica, el enriquecimiento de los oligarcas, los desengaños del espejismo occidental y los abusos de los servicios de seguridad redibujaran el pasado soviético y minaran ese horizonte inicial.

¡Queridos amigos!

Me han pedido que dé una conferencia sobre el estado de la memoria histórica en la Rusia actual y, en particular, sobre la labor de la organización Memorial. Me gustaría prescindir del formato de conferencia, ya que no me considero una investigadora histórica ni miembro de la comunidad científica académica. Soy una activista cívica y una gestora. Simplemente trataré de hablarles de Memorial, de su trabajo, de sus dificultades y de los diferentes contextos en los que se ha desarrollado y se desarrolla nuestra labor, y de cómo percibo personalmente estos problemas y contextos.

En sus treinta y cinco años de existencia, el movimiento «memorialista» ha recorrido un largo camino: desde unos pocos grupos de personas que tuvieron la idea de fundar un complejo conmemorativo en Moscú dedicado a la preservación de la memoria de las víctimas del terror estalinista (de ahí el nombre de nuestro movimiento: Memorial) hasta una red de decenas de organizaciones dedicadas a la historia y a su comprensión, así como a la defensa de los derechos humanos, activas en muchas ciudades de Rusia, Ucrania, Alemania, Italia, República Checa y Francia. Desde el principio de nuestro largo camino, nos dimos cuenta de dos cosas. En primer lugar, que un gran complejo conmemorativo de mármol y granito podía esperar, porque nuestra tarea principal era recoger y preservar la memoria de la población sobre el terror, que hasta hace muy poco era un tema casi prohibido, vetado de la esfera pública. Y, en segundo lugar, que si no hacemos esta tarea nosotros mismos, nadie más la hará. No era prudente dejarlo en manos del Estado.

En enero de 1989, representantes de varios grupos se reunieron en un congreso en el que se creó la Sociedad Conmemorativa Histórica y Educativa. Cuando se desmanteló la URSS en 1991, pasó a llamarse Memorial Internacional.

Mito fundacional. En el funeral de Sájarov, en diciembre de 1989, Gorbachov le dijo a Elena Bonner: «Después del funeral, pensaremos en cómo conmemorar a Andrei Dmitrievich». Y ella responde sin dudar: «¡No hace falta pensar! Oficialice ‘Memorial’ y quedará inmortalizado». Un mes después de la muerte de Sájarov, la rama moscovita de Memorial fue autorizada como Sociedad Internacional Histórica y Educativa.

A finales de los 80 y principios de los 90, surgió un nuevo campo de acción para Memorial: la defensa de los derechos humanos. Como saben, en aquella época estallaron muchos conflictos en el territorio de la antigua URSS, sobre todo conflictos interétnicos, algunos de los cuales, para nuestra desgracia, se convirtieron en verdaderas guerras. No es fácil mirar la historia de las violaciones de los derechos humanos en el pasado, mientras se siguen cometiendo crímenes por todas partes.

Y Memorial creó su Centro de Derechos Humanos, que centró su trabajo principalmente en los «puntos calientes» del espacio postsoviético: Nagorno Karabaj, Transnistria, Osetia del Sur, Tayikistán y, más tarde, Chechenia.

Creo que es importante definir la visión del mundo que nos ha unido desde el principio y que nos ha inspirado implícitamente durante todo este periodo en nuestras actividades históricas, culturales, educativas, cívicas y de derechos humanos. No es una ideología en el sentido habitual de la palabra, es una cosmovisión básica que yo llamaría «antitotalitaria».

No quiero entrar en el debate de los últimos años sobre la actualidad o la idoneidad del término «totalitarismo», sobre todo porque, según tengo entendido, me dirijo a un público formado principalmente por especialistas en ciencias sociales. Si el término es anticuado y ya no satisface a los historiadores, sociólogos y politólogos, habrá que encontrar otro término más apropiado. En cuanto a nosotros, estamos trabajando en un tema muy concreto: la historia del régimen terrorista soviético y sus consecuencias actuales para Rusia, Europa y el mundo. Y nuestro objetivo es mostrar los aspectos más concretos de esta calamidad y sus consecuencias.

No contemplamos el terror desde un punto de vista ideológico, sino desde nuestro propio sistema de valores, que yo definiría como emanado de la tradición humanista y basado en la prioridad de la vida y la libertad humanas sobre todo lo demás, incluidos los intereses del Estado, de un partido, de una clase social, etc. Y, para nosotros, la raíz del mal, su piedra angular, reside en el intento de situar cualquier categoría abstracta, ya sea una idea, una religión, una nación, un Estado, por encima del ser humano. Por eso la unidad de medida de todo el conocimiento histórico, de todos esos bloques de memoria histórica que Memorial recoge y con los que trabaja, ha sido siempre y seguirá siendo el destino único de cada individuo.

También es importante subrayar que no consideramos el totalitarismo soviético (perdónenme, estoy acostumbrado a este término y sigo utilizándolo) como un fenómeno histórico local. Este régimen, como el nazismo de Hitler, es una cara de un

mal internacional y universal. Hoy tenemos la terrible confirmación de que el mal que intentamos erradicar sigue vivo. Vean con qué facilidad y rapidez —en la escala del tiempo histórico— ha cambiado su fachada ideológica, se ha despojado de sus trapos comunistas y se ha puesto el traje de una gran potencia imperialista, y hoy representa una amenaza casi más seria para el mundo entero que el antiguo régimen soviético.

¿Qué ha hecho Memorial en los últimos treinta y cinco años?

En primer lugar, hemos hecho lo que prometimos desde el principio: hemos creado archivos, bibliotecas y colecciones de museo.

El archivo y el rastreo son las armas de Memorial para descubrir, cuantificar y documentar el terror y la violencia del Estado totalitario y, a través de este trabajo, devolver la dignidad a cada individuo y a cada familia soviética.

Ser archivista e historiador al mismo tiempo es el ADN de Memorial. Algunas personas son *memorialtsy* incluso antes de unirse a Memorial. Es el caso de Nikita Petrov que, como estudiante de química, buscó sistemáticamente en los periódicos de la Biblioteca Lenin a principios de los años ochenta para encontrar los nombres de los altos mandos del Terror, todos aquellos chekistas al servicio de Yagoda, Ezhov y Beria. Creó una primera base de datos que podría haberlo llevado a la cárcel si la Perestroika no le hubiera permitido continuar el trabajo sin esconderse en la organización Memorial.

Nuestros fondos de archivo incluyen documentos personales, extractos de instrucciones judiciales, cartas enviadas desde las prisiones o los campos, diarios, memorias, colecciones de ediciones seleccionadas de *samizdat* dedicadas a la Resistencia de 1950 a 1980. Estas colecciones se han creado no sólo en Moscú, sino también en San Petersburgo, Syktyvkar, Krasnoyarsk, Riazán, Tomsk y otras ciudades. En Moscú y San Petersburgo tenemos grandes bibliotecas construidas en torno al tema del terror.

Todo está abierto al público y es accesible: nuestros archivos han sido utilizados por miles de investigadores de todo el mundo (pero sobre todo de Rusia, por supuesto), por estudiantes, periodistas, cineastas, profesores de enseñanza secundaria y superior, y por particulares interesados en el tema.

Los numerosos objetos que hemos reunido han permitido organizar decenas de exposiciones en todos los rincones de Rusia y en el extranjero.

Toda la colección se ha convertido y seguirá formando parte del patrimonio histórico y cultural ruso y mundial.

Algunos de nuestros recursos son únicos. En nuestro sitio «Víctimas del terror político en la URSS» hay información sobre más de tres millones de personas que sufrieron la represión política, lo que, según las estimaciones más modestas, es sólo una cuarta parte del número total de víctimas. No obstante, es la mayor base de datos del mundo sobre el tema.

Los investigadores de Memorial, junto con otros historiadores de Rusia y del extranjero, han descubierto un gran número de documentos importantes en los archivos de la KGB. Algunos de ellos han cambiado literalmente nuestra visión de los mecanismos y la

escala de las olas de terror. Y me parece que Memorial ha hecho un buen trabajo informando al público en general de estos descubrimientos, así como despojando a la historia del terror de los mitos que la rodeaban y aún la siguen rodeando en la conciencia colectiva.

A lo largo de los años, hemos publicado unos mil libros y folletos, y miles de textos en publicaciones periódicas (en los últimos años es mucho más difícil conseguir que se publiquen estos textos, pero a veces todavía es posible). Hemos organizado con éxito cientos de «veladas conmemorativas», coloquios, seminarios abiertos al público y mesas redondas.

Memorial es también una serie de programas históricos y educativos, dirigidos principalmente a los jóvenes. Así como las expediciones de investigación que han descubierto muchas fosas comunes secretas con los cuerpos de los fusilados o de las víctimas de los campos de trabajos forzados. O los actos públicos de recuerdo que se celebran regularmente en toda Rusia, y ahora incluso en el extranjero. Memorial es todo esto.

Los jóvenes también están ayudando a Memorial con su exitosa e inventiva labor de memoria e historia. Los concursos Memorial proponen una lista de temas sobre el individuo del siglo XX (Человек в XX веке) que lucha contra la represión, y los formatos propuestos van desde los trabajos de investigación de 15 a 30 mil caracteres hasta la publicación de una historia familiar en una red social o la entrevista a un testigo, desde el videoclip o el juego de video hasta el Tik Tok. Memorial también ofrece expediciones para jóvenes, en los ríos de la memoria *Na reke pamiati*. Ese tejido social en todas las regiones y repúblicas de Rusia que ahora Putin quiere deshacer apartando a Memorial de las escuelas, estigmatizándolo como agente de los extranjeros desde 2016 en nombre de un patriotismo al que, sin embargo, sirve mucho mejor Memorial que el Estado putiniano.

Pero en este momento es más importante hablar no de nuestros éxitos, sino de lo que no supimos, no pudimos, no tuvimos tiempo o no hicimos.

Las preguntas que van a escuchar son las que muchos de nosotros nos hacemos continuamente, y a las que cada uno aporta sus propias respuestas.

Personalmente, lo que me llena de tristeza y amargura es que nos faltan documentos sobre los testigos de la época; no hemos recogido suficientes entrevistas de los que vivieron los campos, la relegación, la deportación. Nuestras fuerzas y recursos eran demasiado débiles para los programas de «transmisión oral» de la historia, y ahora es demasiado tarde: casi toda esa generación nos ha dejado. Es muy duro.

Pero también tenemos problemas más generales.

¿Fue acertado centrar el trabajo de Memorial casi exclusivamente en el terrorismo de Estado? ¿No debería haberse prestado más atención a otros rasgos fundamentales del orden soviético: a la represión total de los derechos civiles y la aniquilación de la sociedad civil, a la censura y otras formas de control estatal sobre la cultura y la vida intelectual del país? A la propaganda omnipresente y totalmente engañosa, a las

desigualdades sociales, a la degradación de la economía. Todos esos temas tuvieron poco espacio en nuestro trabajo de investigación y educación histórica, demasiado poco. Y ahora el nuevo mito del «radiante pasado soviético», empañado sólo por algunos episodios de represión, florece en estas lagunas. A medida que este mito se desarrolla, empuja el propio recuerdo del terror a los márgenes de la conciencia colectiva. Por supuesto, Memorial es sólo una ONG con recursos limitados, no es el Ministerio de Educación ni un conjunto de laboratorios e instituciones de investigación. Hemos intentado promover una investigación exhaustiva e interdisciplinaria de la historia del periodo soviético y, en ocasiones, lo hemos conseguido. Pero sigo lamentando que no hayamos sido capaces de crear un interés más amplio por el tema entre la población.

Los historiadores de Memorial, más por convicción que por profesión, han hecho una contribución decisiva a nuestro conocimiento del Terror estalinista. Es gracias al trabajo de Memorial y a su acción para abrir los archivos de la represión que conocemos las operaciones de masas del Gran Terror, la extensión del archipiélago gulag, la violencia conjunta de Hitler y Stalin contra el pueblo soviético. El establecimiento de estadísticas generales, pero sobre todo la miríada de historias individuales, los privados de derechos del gran país soviético, por utilizar la hermosa expresión de Hannah Arendt.

Tras el *putsch* de agosto de 1991 y la ilegalización del Partido Comunista en Rusia por parte de Boris Yeltsin, Memorial ejerce una fuerte presión para que se desclasifiquen los archivos, lo que va unido al establecimiento de responsabilidades, a la rehabilitación de las víctimas, al derecho de acceso a sus expedientes y al derecho a indemnización. Se les muestran documentos cruciales del terror estalinista. El objetivo es establecer pruebas de archivo en lo que debería ser un juicio al Partido Comunista, pero el juicio no se celebrará. Archivos y justicia transicional. Se les muestran los documentos decisivos de la masacre de Katyn. Archivos y diplomacia. Boris Yeltsin entregó a Lech Walesa en 1992 las pruebas de la responsabilidad de Stalin y de Beria en la masacre.

En este contexto, el primer descubrimiento se refiere a toda una sección del Gran Terror que las revelaciones de Jrushchov durante el XX Congreso habían mantenido cuidadosamente en silencio. Las operaciones ultrasecretas de 1937-1938, que asesinaron a 750 mil personas y deportaron a casi un millón. Una fotografía tomada en Moscú muestra a Robert Conquest, que escribió el libro de referencia sobre el Gran Terror en 1968, junto a los fundadores de Memorial, entre ellos Elena Zhemkova. Pero hay que reescribir esta historia, porque la purga de las élites y los grandes juicios de Moscú sólo representan al 10% de las víctimas. La historiografía occidental se inspira en esto hoy en día.

La reescritura de la historia soviética a partir de los archivos que se están abriendo es un trabajo colectivo entre nuestros pioneros de Memorial, los nuevos historiadores del estalinismo en Rusia y Ucrania y los historiadores de Europa y Estados Unidos. Coloquios, conferencias y proyectos conjuntos atestiguan el fin de la desconexión entre Occidente y el bloque soviético. Alexander Gurianov, en relación con la organización Karta en Polonia, establece definitivamente la historia de la operación polaca de 1937-1938 y la de Katyn.

Debo decir que, durante todos estos años, hemos tratado principalmente de documentar los crímenes del régimen soviético: nuestros archivos, bibliotecas, bases de datos son fuentes primarias de información: pura factografía, materia prima. Por otro lado, no se ha trabajado de forma suficientemente sistemática en la interpretación de todos esos testimonios, en la introducción de la narrativa del terror en el contexto histórico general.

Aunque me parece que, a título individual, los historiadores de Memorial han avanzado mucho en la conceptualización.

Sin duda estamos en el camino correcto; así es como debe hacerse: desde los hechos acumulados hasta su interpretación. Sencillamente, no habíamos tenido tiempo para llegar hasta el final.

La pregunta más difícil, la más terrible, es: ¿podría ser que nuestro trabajo de treinta y cinco años haya sido en vano? El hecho mismo de que una parte significativa de la población de Rusia permanezca indiferente a los acontecimientos actuales, y que otra parte, aparentemente no menos significativa, apoye activamente la «operación militar especial» en Ucrania, ¿no significa que hemos perdido en todos los aspectos?

En Lituania, Ucrania, República Checa, Eslovaquia y Polonia, la democracia y la libertad han ganado más o menos la partida, y se ha podido saldar el pasado. Pero no está claro por qué no fue así en Rusia.

Hay muchas explicaciones para esto: algunas se refieren a hechos históricos concretos de los años 90, otras son más conceptuales. Me detendré en uno de ellos, que me parece esencial.

De todos los países del espacio postsoviético, Rusia era el único que no tenía la «coartada» de poder considerar el periodo soviético como una «ocupación extranjera». Dejando a un lado la difícil cuestión de la correspondencia de esta coartada con la realidad histórica de nuestros vecinos (en parte sí, en parte no siempre), el hecho mismo de que esa «coartada» figure en su relato histórico y desempeñe un papel en él facilita la respuesta a las preguntas más dolorosas sobre el periodo soviético en su historia nacional. Sólo en Rusia el pasado soviético (así como el pasado imperial en general) sigue existiendo y formando parte del relato histórico nacional. No tenemos a nadie a quien podamos dirigir nuestra culpa histórica, nos vemos obligados a asumir todo nuestro legado histórico con sus aspectos positivos y negativos, sus altibajos, sus logros, sus victorias y sus crímenes. Por eso, la cuestión de la culpa y la responsabilidad es especialmente aguda en Rusia; por eso, la cuestión del reparto de los papeles de «víctima» y «verdugo» entre los actores de la historia es incomparablemente más compleja y trágica que en los países vecinos. Por ello, las «guerras de la memoria» forman parte de la vida política cotidiana del país y han vuelto al centro de la política nacional en los últimos años. Estas guerras, en Rusia, son guerras civiles.

Pero ¿hemos perdido definitivamente la «guerra por la historia»?

Me sigo haciendo esta pregunta y no puedo responderla de forma unívoca. Porque plantea el problema de los criterios de éxito o de fracaso, o, por decirlo de forma sencilla, depende del punto de vista desde el que se mire.

Ya he dicho que todo lo que Memorial ha conseguido (al igual que otras organizaciones de la sociedad civil, por supuesto) sin prisas, a través de un trabajo sistemático y pedagógico de largo aliento, no ha desaparecido ni desaparecerá. Nuestro trabajo sigue siendo necesario para la sociedad y su demanda seguirá creciendo, dadas las condiciones actuales, porque el conocimiento permite a cada uno tomar una decisión personal adaptada a la situación. Y el activismo ciudadano tampoco ha desaparecido. Hoy asistimos, tanto en las capitales como en la provincia más remota, a un recrudecimiento de las protestas, a manifestaciones espontáneas contra la guerra, a consignas y panfletos en las paredes. Y esto en unas condiciones de represión muy violentas que habíamos tenido tiempo de olvidar en los últimos treinta años.

Para mí, la cuestión de la inutilidad de nuestros treinta y cinco años de trabajo, de la batalla por la historia perdida, es difícil, pero no esencial. La cuestión esencial está en otra parte: ¿pretendemos continuar nuestro trabajo en el nuevo contexto actual? Y a esta pregunta respondo sin dudar: sí, pretendemos continuarlo. Por supuesto, continuaremos todo nuestro trabajo de los últimos treinta y cinco años. ¿El Tribunal Supremo de la Federación Rusa disolvió Memorial Internacional? ¿Y qué? Mientras haya demanda por nuestro trabajo, continuaremos, y ningún Tribunal Supremo podrá impedirlo. Y nuestro trabajo encontrará de alguna manera nuevas formas y una nueva organización.

La necesidad de nuestro trabajo educativo en el campo de la historia, lo digo una y otra vez, no sólo en el campo de la defensa de los derechos humanos, sino sobre todo en la educación histórica, no sólo no ha desaparecido sino que ha aumentado considerablemente en los últimos años. Y esto es natural: cuanto más recuerda el régimen actual al antiguo régimen soviético, cuanto más dura y violenta es la represión, cuanto más intenta la propaganda oficial imponer viejos y nuevos mitos históricos, más fuerte es la necesidad en la parte activa y responsable de la población de comprender la verdadera historia del país, y más fuerte la demanda de información que ayude a comprenderla. Especialmente entre los jóvenes.

Y aquí llego a la respuesta a otra pregunta que, hasta hace poco, nos seguía atormentando. No dejamos de preguntarnos si Memorial no sería «el proyecto de una sola generación». Para los que habían vivido el terror estalinista, las cosas estaban claras: Memorial era parte de ellos mismos. Pero esta generación ya casi desapareció por completo. Para los nacidos en las décadas de 1950 y 1960, tampoco había dudas: habían crecido en una URSS postestalinista, una época en la que el factor determinante era el legado estalinista sin resolver. Durante los años de la perestroika, teníamos 20, 30, 40 años. Pero nosotros también estamos abandonando poco a poco la escena. ¿Cuál será el destino de nuestro trabajo? ¿A quién le pasaremos Memorial?

El pasado estalinista y el lenguaje totalitario que encubre y transforma los hechos están resurgiendo. El revisionismo histórico de la peor clase sirve al revisionismo geopolítico y a la guerra. Stalin fue un gran hombre. El sacrificio del Terror fue necesario para la victoria. Los protocolos secretos eran legítimos. Katyn no es lo que parece. El régimen de Putin está maltratando la historia y los recuerdos. El Estado se enfrenta a la sociedad civil y, por tanto, a Memorial.

La ley sobre agentes extranjeros promulgada en 2012 reedita la partición del enemigo interno y externo que era consustancial al régimen estalinista. Memorial es uno de los primeros objetivos. Las escuelas que trabajaron con Memorial tienen órdenes de mantener a los jóvenes fuera de su influencia occidental y antipatriótica. Los juicios de diciembre confirmados en apelación, mientras que la guerra en Ucrania ha comenzado, liquidan Memorial.

Y ahora, desde el comienzo de la década de 2010, nos sorprende ver una gran afluencia de jóvenes: no solo en Moscú, que siempre está a la vanguardia, no solo en San Petersburgo, sino también en muchas de nuestras oficinas regionales.

Es cierto que nuestro pasado, por desgracia, no ha quedado en el pasado: es nuestra derrota. Pero esta derrota se ha convertido en una fuente de fuerza para nosotros y una garantía de nuestra existencia futura. ¿Debemos alegrarnos o entristecernos por ello? En mi opinión, la pregunta es inapropiada. Deberíamos tenerlo en cuenta.

Por supuesto, en los últimos cuatro meses la situación ha cambiado. Estamos asistiendo a una importante emigración de Rusia. Según algunos informes, casi medio millón de personas han abandonado Rusia en muy poco tiempo. Es evidente que muchos activistas de la sociedad civil, incluidos los miembros de Memorial, se han marchado. Y sobre todo los jóvenes, porque son más móviles. ¿Es esto un problema para nosotros?

Para nosotros, como para todo el país, es un fenómeno doloroso. La emigración es siempre una elección personal difícil, acompañada de interminables discusiones sobre si es moralmente correcto irse o si es moralmente correcto quedarse.

Estos intercambios, que a veces se convierten en invectivas por ambas partes, son muy propios de la tradición histórica y cultural rusa. Sin embargo, en torno a Memorial, estas discusiones son casi inexistentes. Porque es evidente para todos que hay trabajo para nosotros a ambos lados de la frontera. Y que los medios de comunicación modernos permiten mantener la unidad de nuestra comunidad, centrada en nuestro trabajo y nuestras tareas comunes, dondequiera que estén nuestros miembros.

Nuestro nombre no es sólo Memorial, sino Memorial Internacional.

Para concluir, me gustaría decir que el mundo, y nuestra situación en él, están cambiando radicalmente ante nuestros ojos. ¿Debe Memorial reaccionar de alguna manera ante estas transformaciones? ¿También tiene que cambiar radicalmente? No me refiero tanto al contexto, por ejemplo, a la reducción permanente de las posibilidades de actuación judicial en el país; es obvio que tendremos que adaptarnos a ello y, por tanto, cambiar nuestra forma de trabajar: me refiero a nuestros objetivos, nuestras tareas y las cuestiones que nos preocupan.

Mi opinión puede resumirse en tres puntos:

En primer lugar, debemos asegurar todo el trabajo realizado en los últimos años, todos nuestros fondos, que son únicos.

En segundo lugar, siempre que sea posible, en principio, debemos continuar con nuestros proyectos y programas, desarrollar todos los temas en los que hemos estado trabajando hasta ahora.

Y por último, Memorial tendrá que encontrar su lugar en un mundo radicalmente diferente. Eso es un hecho. Y para ello, nosotros mismos debemos estar preparados para grandes cambios: tendremos que buscar y encontrar nuevos temas relevantes, familiarizarnos con nuevas áreas y medios de acción, inventar nuevas formas de organización, nuevas formas de compromiso cívico. Pero es igualmente importante seguir siendo nosotros mismos. Seguir siendo Memorial. Preservar nuestra identidad a toda costa.

Son precisamente estos tres objetivos en los que estamos trabajando en este momento.

Permítanme concluir con esto.

Gracias por su atención

Ambos discursos están disponibles en el sitio web de [Mémorial France](#).

El discurso de Sabine Dullin se presenta aquí en extractos, como introducción y en comentarios al discurso de Elena Zhemkova.